

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

AVISO A LOS SUSCRITORES

Con el presente número queda cumplida la suscripción de un año, que principió en noviembre último; los que gusten continuar recibiendo el periódico los dos meses de noviembre y diciembre venideros, con los que se completará el tomo 3.º, se servirán renovar en provincia por el mismo conducto que lo hicieron anteriormente. En Madrid se llevarán al domicilio los recibos de renovación, según costumbre.

APUNTES DE VIAGE.

EL SERRALLO.

Suponemos que ha de ser leída con gusto, sobre todo por nuestras amables suscriptoras, la siguiente descripción que hace del Serrallo del gran sultan un viajero moderno reputado por veraz, cualidad ciertamente nada común en los viajeros. En la Europa civilizada, y mas que en otra parte en nuestro país, donde las mugeres ejercen tal influencia y reinan como soberanas, apenas puede concebirse que la ley y las costumbres las condenen en otros á vivir en la esclavitud, y ser vendidas á vil precio en los mercados públicos. Sin embargo, preciso es convenir tambien en que tenemos una idea exagerada de los usos orientales; idea que poco á poco se va rectificando, gracias á los esfuerzos de algunos escritores que han emprendido en los últimos tiempos tan honrosa tarea. A este número pertenece el que nos sirve de guia, y cuya narracion es como sigue:

«En la parte de la izquierda del palacio del sultan de Constantinopla, está el harem donde habitan las mugeres y mancebas de este soberano. Vi sus ventanas enrejadas, y sus deliciosos balcones con persianas y flores, donde las mugeres pasan sus dias en contemplar los jardines, la ciudad y el mar.

«No se sabe lo que pasa en este magnifico palacio, donde nunca llegan las noticias exteriores, donde un tesoro inagotable ha reunido todas las maravillas del lujo; baños de mármol, encantadores jardines donde no reina otra voluntad que la del soberano, ni otras leyes que su capricho, y donde existen cuatrocientas ó quinientas hermosas mugeres escogidas de entre las mas bellas del universo.

«Las mugeres del harem se dividen en muchas clases. Bajo el nombre de *kadinas*, se comprenden aquellas que habiendo tenido la fortuna de agraciarse á S. A., han llegado á ser favoritas; vive cada una de ellas en su habitación separada, y tienen á su servicio una cierta cantidad de jóvenes esclavas llamadas *ustas*. Hay ordinariamente cuatro *kadinas*, y suele ser dañoso al sultan aumentar el número de ellas; sin embargo, Amurat III las aumentaba y llegó á tener á un tiempo cuarenta favoritas, las cuales le produjeron trescientos hijos. Las *kadinas* son las mugeres del gran señor, y las odaliscas son sus queridas. Escogidas de entre las mas bellas del Asia, del Africa y de la Europa oriental, las

odaliscas componen para S. A. el batallón de pages mas encantador del mundo. Doce de las mas perfectas se destinan para el servicio del baño, y de estas recluta el sultan nuevas *kadinas* cuando tiene á bien reformar las antiguas y relegarlas al viejo Serrallo: si dan á luz un hijo pasan al rango de *hasseki*, y su posición cambia entonces completamente, pues de esclavas se convierten en sultanas, y algunas veces es muy grande su influencia. Ademas de las odaliscas, un gran número de jóvenes que han penetrado en el harem á la edad de diez años, con el nombre de *sagirdenas*, se educan en lo interior del Serrallo; crecen, y según su belleza llegan á colocarse en el rango de las odaliscas. Es inútil decir que el capricho del podestá acrecienta diariamente el número de las hermosas cautivas del harem, y el último día del año, la nación ofrece en regalo á S. A. la esclava mas hermosa que pueda hallarse en toda Georgia.

«La que fué dada hace dos años á Abd-ul-Medjid, costó un millón doscientas mil piastras. Todas las mugeres del harem obedecen á una odalisca mayor de edad que lleva el título de *kehaga-kadina*, y cuyo ministerio se cifra en hacer conocer á las esclavas lo que mas complace al gran señor. Nacidas bajo un cielo ardiente, teniendo por reliquia el amor, y el amor por único pensamiento, estas mugeres pasan la vida juntas, y hay muchas que no son ni aun conocidas del sultan, sin que vean otra cosa que sus guardas odiosos, y fácil será adivinar la espantosa desmoralización que debe resultar de esta bárbara reclusión.

«Difícil parece creer que un hombre, á riesgo de una muerte horrorosa, se haya determinado á entrar en el interior de este impenetrable y misterioso palacio. Sin embargo, se cuenta que un joven diplomático ruso, habiendo seducido á precio de oro á una judía que vendía perfumes á las cautivas del harem, logró, hace algunos años, introducirse con ella disfrazado de muger en el recinto habitado por las odaliscas, y que reinó allí como sultan durante el espacio de dos dias enteros. Al cabo de este tiempo, descubierto por un eunuco, y no hallando otra via de salvación, rompió con esfuerzo desesperado los hierros de una ventana, y se arrojó al Bósforo, y aquella misma noche se embar-

«Las mugeres turcas caminan con los ojos bajos, y sufren en la apariencia, con notable resignación, su suerte, que generalmente es menos triste que lo que se supone. Es indudable que ocupan en la sociedad un rango muy secundario; pero educadas en la ignorancia mas completa, no tienen la menor conciencia de su degradación, y soportan con tanto mas gusto esta existencia, cuanto que no conciben otra mas dichosa. Persisten en suponer en Europa que el turco es un dichoso mortal rodeado incesantemente de un enjambre de voluptuosas odaliscas, á las cuales arroja el pañuelo á su antojo; pero es un error tomar por sultanes á todos los súbditos del imperio. Hay en Constantinopla algunos turcos á quienes la ley autoriza á tener dos ó tres mugeres, y aun las tienen en casas separadas, comúnmente muy distantes las unas de las otras; pero sin ir á Turquía tal vez se encuentren en Europa estas mismas costumbres. Los demas turcos, y lo repito para que se comprenda, los demas turcos, no tienen mas que una muger á la cual son fieles; y cada marido da á su esposa una tropa de esclavas tan numerosa como lo permite su fortuna, pues esto constituye el lujo de Oriente: estas jóvenes son muy bellas, y el musulman es dueño absoluto en su interior; pero si usa en secreto de su autoridad, comete una acción de la que él mismo se avergüenza, y si abusando de los celos de su muger es ostensiblemente infiel se grangea el vituperio general.

«En Gibraltar hice conocimiento con una inglesa que penetró en los aposentos de muchas mugeres turcas y me hizo una larga descripción de estas habitaciones, y entre otras cosas me dijo, que la vida de la muger turca es una prolongada somnolencia; no solo duerme para dormir, me dijo, sino que duerme para distraerse; estar despierta es para la muger turca un estado extraordinario y no natural. Penétrese en el aposento de una muger turca, y se verá que todo aparece allí dispuesto para el sueño. La estancia ancha y cuadrada, tiene un diván que no levanta mas de un pie sobre el pavimento; cama elástica y dulce cubierta de damasco carmesí, y sobre la cual se ven tirados un sin número de cojines bordados de oro y seda. Si hace frio no falta un magnifico brasero de cobre lleno de lumbre en el centro de la sala; cobertores mas ó menos ricos,



Un mercado de esclavas circasianas en Constantinopla.

có y partió para Odesa. ¿Qué pensaremos de esta anécdota? En Constantinopla se ha hecho muy popular. El cristiano sorprendido con una musulmana, aun cuando ella sea la última de las mugeres, es desapiadadamente asesinado, y el embajador no tiene derecho ni aun de reclamar el cadáver.

servilletas elegantes y algunas mesas pequeñas de madera completan el mueblaje de la estancia. El habitante de este paraíso del sueño, no tiene mas que hacer que arreglar los cojines, cruzar los brazos y cerrar los ojos. Llegó Morfeo, y el alma de la muger turca anda en completa libertad por el país de las quimeras. Duer-

me, muger dichosa, ¿qué otra cosa puede hacer mejor? No conoce la intriga, ni los espectáculos, ni la política, ni la música, no hay nada que ocupe su imaginación, ni nada que interese su corazón. Una muger turca dice á su vecina:

—¿Quieres venir mañana á echar un sueñecito conmigo?

Como una española diría á otra:

—¿Quieres venir mañana á bordar un rato conmigo? «Esta costumbre de dormir tanto hace que se caiga muy temprano el cabello de la muger turca. Yo he observado que la mayor parte de las mugeres turcas llevaban pelucas.

«Una portuguesa llamada Rosa Figueira, me hizo la descripción detallada del interior de dos harenes de Constantinopla que le fué permitido visitar. Al entrar en el harem del seraskier, dice, encontramos muchas esclavas y una odaliscas muy bella. Me tomaron la mano para ayudarme á subir las escaleras cubiertas de magníficas esteras. Al poco tiempo se presentó la señora Mustafá, la principal muger del seraskier, puesto que tenía seis. Cefia un vestido de seda blanca bordado de color; llevaba un pantalón muy ancho, un chal rayado rodeado á la cintura, y sobre su cabeza una especie de toca de seda violeta rodeada de bucles adornados con diamantes. Sentóse á mi lado sobre el diván; pero cuando anunciaron al seraskier, se levantó al punto y cruzó los brazos sobre el pecho. El seraskier era un hombre hermoso, aun cuando tenía cerca de sesenta años. Se sentó en una silla á mi lado, y después de numerosos cumplimientos, según la costumbre oriental, me convidó á comer á la turca con sus mugeres, á lo cual accedí gustosa. Las mugeres compradas por el seraskier, son casi todas circasianas: todas eran bonitas, y especialmente cuatro notablemente bellas. Una de ellas, de ojos azules y con aspecto entristecido permanecía aislada en un rincón, negándose á unirse á las demás. ¿Era un capricho? ¿Estaba enferma? Nada pude saber... Era recién comprada y por consecuencia la favorita. Acababa de acostar y dar de mamar á un niño que no quiso enseñarme. No conté los hijos del seraskier, pero pasaban de una docena. Pusieron sobre una mesa muy baja un plato lleno de carne y guarnecido de queso, y algunos vasos de cristal que contenían bebidas perfumadas; las mugeres bebieron y comieron. Me ofrecieron una silla; pero no quise aceptar y me senté en el suelo. Las esclavas nos pusieron al cuello pañuelos de muselina bordados de oro, y luego que se llevaron el primer servicio, pusieron en medio de la mesa un gran plato lleno de sopas con leche: todas las mugeres comieron esto con mucho placer. Después trajeron carne asada, y cada muger cogió lo que quiso con los dedos para comerlo aparte. Se sirvió después crema con esencia de rosa y agua con flor de naranja, cuya bebida escitó la alegría de los comensales. Yo comí muy poco, porque no podía soportar el olor de los perfumes. Terminado el banquete nos levantamos. Las esclavas nos presentaron de rodillas grandes jofainas de plata con agua, y bolas de jabón perfumado, y nos lavamos las manos. Pasamos en seguida á otra estancia donde tomamos café: la muger del seraskier y yo nos sentamos sobre el diván al paso que las otras se lanzaron al suelo. Propusieron que se cantase algo; pero nadie quería tomar la iniciativa; en fin una vecina, cuyo marido, decía ella, era secretario de la embajada de Londres, comenzó á lanzar gritos disonantes que nunca concluían. Nada más bárbaro que la música de los turcos; la cantatriz tenía soberbios cabellos negros; decía que estaba enamorada de su ausente marido, y como prueba de sus sentimientos se había pegado sobre la frente el sello de su última carta.

«Hice cuanto pude para irme á cierta hora, pero todo en vano; se emplearon todos los medios imaginables para detenerme, y la madre del seraskier declaró que yo debía dormir aquella noche en el harem; mas al fin pude escaparme á pesar de los ruegos y de las invitaciones de aquellas mugeres que quedaron esperanzadas en volver á verme.»

Estos son los datos más fidedignos que hemos podido recoger acerca de los serrillos de las regiones orientales.

LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (1).

Gran colección de cuadros vivos matrimoniales, pintados por varios solteros, malogrados en la flor de su inocencia.

CUADRO II.—LAS SIMPATIAS.

Il ne faut qu'un instant,
pour unir deux belles âmes.
El diablo las carga, y ellas
se disparan.

Gran chasco se llevan los que crean que para bosquejar este cuadro de la galería del matrimonio, voy á pedir á Mr. Alibert los colores que le quedaron en la paleta después de haber escrito la *Fisiología de las pasiones*. ¡Buen cuidado me da á mí de que el llame á las simpatías idiosincrasias, ni de que las lleve al tribunal de la medicina para residenciarlas por apoderarse de la salud de la humanidad! ¡Bravo lenguaje sería el *idiosincrático* para la muger que busca marido! ¡Medrados estábamos si hubiésemos de explicar á las niñas solte-

ras lo que en el mundo fisiólogo se entiende por simpatías! Enhorabuena que las simpatías sean la vanguardia del amor, pero ¿qué tiene que ver el amor con el matrimonio? Aquí no se trata de buscar amante, sino de hallar marido, y para esta empresa los químicos han de valerlos más que los fisiólogos. De dos cuerpos perfectamente heterogéneos entre sí, hace la química un tercero tan compacto y unido, que no parece sino que la mas estrecha simpatía hizo el consorcio y que si aquellos andaban por el mundo descarriados era porque no habían tenido la dicha de verse nunca. Pero verse y mezclarse hubiese sido obra de un solo momento. Preguntadle al plomo por qué razones de identidad, vive en íntimo maridaje con el azufre; decid á la plata que aire de familia encuentra en el cinabrio; examinad si el acero tiene el mismo *genio* que la piedra magnética, y vereis como no existe razón ninguna para semejantes matrimonios. La afinidad, hijas mías, la afinidad es la causa de todos esos pecados; son cuerpos *afines*, y alguna vez tienen que ser *principios*.

Así vosotras, queridas hijas de Eva, por quienes me tomo el trabajo de restaurar estos cuadros, no debéis consultar ni tomar en cuenta las teorías de Alibert, ni de los otros fisiólogos de su calaña, para buscar maridos; porque, bien mirado, ¿qué relación puede tener la fisiología de las pasiones con la pasión del matrimonio? ¿No es innata en todas las mugeres? ¿Pues quien sabe si residirá en la costilla que diz que le usurpásteis á nuestro honrado padre Adán? y aun suponiendo que fuédesis fisiólogas, vicio que no os recomiendo, ¿teneis tan de sobra el tiempo cuando pensáis casaros, que le perdáis en examinar si el que ha de ser vuestro marido simpatiza ó no con vuestro genio? Pues bueno fuera que el cazador se detuviese antes de disparar la escopeta, á clasificar el ave que se puso á tiro. Después de muerta tiene tiempo de sobra para ver á que casta de pájaro pertenece, y averiguar por donde le entró la perdigonada. Ultimamente, si lograis casaros, por mal que os vaya siempre tendréis marido, y queda resuelto el problema á vuestro favor; si quieren asustaros con las simpatías, no hagáis caso, por que eso es lo de menos. Tomaos sino la pena de ver ¿en que se parecen los gobiernos á las contribuciones? y hallareis que en nada, y sin embargo, á los primeros les son en extremo simpáticas las segundas. ¿No habeis oído decir alguna vez lo que sucede muchas veces de que cuando uno no quiere dos no regañan?... pues ahí teneis la fórmula de las simpatías. Si la madera no tuviese la debilidad de ceder á los argumentos del martillo, á buen seguro que la hallara simpática el clavo! Las simpatías no se engendran sino causando la muerte á uno de los progenitores; la cuestión se reduce á elegir entre el oficio de vencido ó el de vencedor; entre ser patron ó marinero. De otro modo ¿cómo había de concebirse la simpatía entre un hombre político y la silla ministerial? Cediendo estas, es como únicamente puede haber conformidad entre ambos.

Pero, vive Dios, que soy un menguado en quererla echar de doctor con vosotras en una materia en que la menos bachillera de todas las mugeres sería capaz de darme quince y falta. ¡A vosotras las coléricas que buscáis marido entre los hombres mas dóciles, y á vosotras las dóciles que no os enamoráis sino de los genios impetuosos y violentos, os quiero explicar lo que se entiende por simpatías en cuestión de matrimonio! ¡Pues, vive Cristo, vuelvo á decir, que sino doblo la hoja al instante, mi candidez hará reír al auditorio! No trataré de insistir por mas tiempo en el asunto, y aprovecharé el sermón para predicarle fuera del desierto; también á mí me son simpáticas todas las mugeres y lejos de parecerme á todas, no tengo la menor semejanza con ninguna de ellas. Las leyes de afinidad, como dije al principio de este artículo, son las que resuelven el problema de las simpatías, y tampoco hay necesidad de que las dos partes del todo simpático sean afines, sino que basta con que lo sea una sola.

Por ejemplo (y busquémosle dentro de casa) la muger soltera, tiene afinidad con todos los hombres que están en estado de merecer. El fluido matrimonial, es como los demás fluidos conocidos. Un cuerpo le desarrolla, otro le trasmite, otro le absorbe, y algunos le aíslan, aunque estos últimos son muy raros. Las madres son los cuerpos productores del fluido; las hijas son las destinadas á comunicarlo y los hombres los condenados á recibir la descarga de la batería diabólica; los pocos de estos que mueren en el estado honesto, han sido siempre aislantes ó cuando mucho conductores rápidos. Es decir que las exortaciones de las madres y los ruegos de las hijas, ó no les entraron por ningún oído, ó al entrar por el uno les salían ya por el otro. Pero de estos seres electro-negativos, hemos decidido no ocuparnos, y hasta que algún día nos ocurra en desagravio de las madres, escribir la *fisiología del solteron*, los dejaremos en paz; lo que ahora nos interesa es trazar el presente cuadro.

En el primer término necesitamos una madre (estos cuadros de matrimonio no se hacen sin ellas); y quien dice una madre, dice una tia, pero mas vale aquello conocido, que lo que está por conocer; busquemos la madre. ¿Cuántas nos habrán buscado en otros tiempos! así es el mundo. Detrás de ella es preciso colocar una amiga; ¡hay tantas cosas que no podrá decir ella misma!... En el centro del cuadro una joven; las mugeres no quieren dejar de serlo nunca. No la pondremos rubor en las mejillas; con solo abrir y cerrar los ojos, se teñirá de carmin toda la cara. En el fondo del lienzo es de noche; la madre mira, y á fuerza de mirar descubre una sombra; la sombra no es hembra y la ma-

dre tose para que la niña vuelva hacia ella la cara; la amiga hace un juego de escena entre la hija y la madre, y la sombra se ve mas clara. Es un hombre que quiere ascender á la categoría de estatua. Las gentes le compadecen y no le permiten que se convierta en piedra; le conceden el organismo animal; le dicen que *hace el oso*; y el hombre admite el oficio.

He aquí el boceto del cuadro de *las simpatías*: La madre produciendo fluido matrimonial; la hija comunicándolo y el hombre recibéndolo; la amiga no es otra cosa sino un segundo conductor de la gran máquina. ¿Habrá quien diga que hemos estado metafísicos?... ¿Se nos acusará de fantásticos? Pues allá va el cuadro material:

Doña Casiana Casariego, la viuda Casa-Robles, que tuvo la bondad de visitarnos cuando pintábamos el cuadro anterior, se volvió á su casa desde la tertulia, y en el camino habló á su hija de todos los jóvenes que habían visto, menos del que había elegido por yerno. Este las seguía á lo lejos por la acera opuesta. Al siguiente día madrugó algo mas que lo ordinario, y se asomó por casualidad al balcón; casualmente vió en la esquina de la calle al presunto yerno, y se figuró que no le había visto. Antes de que la criada saliese á la compra, la dijo con aire de misterio:

—María, no vive el leal sino lo que quiere el traidor; en ti tengo toda mi confianza; la niña también te quiere mucho.

El asombro de la criada no cabe en el cuadro; creyó que al asomarse el ama al balcón había visto á su novio. Para esto último las criadas también son mugeres.

—Señora... respondió con turbación.

—No te disculpes; sé que mereces mi confianza y que no quieres otra cosa sino el bien de mi hija... Vete á la compra y no tardes.

Volvióse á asombrar la criada; pero con el asombro y la cesta salió á la calle y no halló á su novio. El joven que guardaba la esquina, la salió al encuentro y le costó algún trabajo que se parara á oírle. Afortunadamente, al sacar un papel del bolsillo, se le enredó un duro entre los dedos, y el papel y el duro los soltó en la cesta, y se volvió á la esquina. Doña Casiana había tenido la imprudencia de ver la escena desde el balcón, y antes de que se apercibiese la criada, entró á despertar á su hija, diciéndola que el día estaba muy hermoso. La joven se vistió, y fué al balcón á gozar el fresco de la mañana, cuando aun estaba el galán en la esquina. La madre también tuvo la imprudencia de no advertirla, y retiró á su hija del balcón, cerrando con estrépito las maderas.

Otra casualidad no menos casual que las anteriores, hizo que doña Casiana oyese tocar á misa antes que la criada volviese con la compra, y salió de casa dejando en ella á su hija, inocente de cuanto había ocurrido, menos de la aparición del joven en la esquina. No le había visto sino la noche anterior en la tertulia, pero el demonio de las simpatías había grabado su imagen en las paredes del dormitorio, y cuando salió al balcón sabía de memoria que era un joven de veinte y ocho años escasos, de escasa estatura, de escaso bigote negro, y de no muy sobrada fortuna, á juzgar por su traje decente pero no rico. Mientras su querida mamá bajaba la escalera, dió un nuevo avance al balcón; pero las armas de la M. H. villa de Madrid habían sufrido un medio eclipse: estaba el madroño y faltaba el *oso*. Nos explicaremos: el amante había dejado huérfana la esquina. ¿Quiere el lector que le sigamos á su casa para verle cepillar la ropa y prepararse á marchar á la oficina? Nosotros no se lo aconsejamos; habrá visto á muchos escribientes de loterías con 6,000 reales de sueldo, antes de la hora de entrar á ganarlo, y nuestro héroe es uno de tantos. Si tuviese la costumbre de pensar á voces, le seguiríamos para averiguar los planes que forja en su cabeza, y las esperanzas que cifra en el billete que puso en manos de la criada; pero ya que esto no es posible, y que el destino nos ha llevado á casa de doña Casiana, quedémonos allí, donde seguramente si nos faltare cosa que ver, no dejaremos de oír algo que nos entretenga.

Lo único que necesitamos es abandonar este lienzo y preparar otro, porque si apenas cabía el asombro de la criada, la declaración de amor del joven escribiente llena por sí sola un cuadro, y no de cortas, sino de grandes, de colosales proporciones. He lo aquí:

CUADRO III.—LAS PRIMERAS M RADAS DE AMOR.

La cabeza de Holofernes, las sienes de Sisara, los cabellos de Sansón, y en suma todos los cadáveres del universo caben en este cuadro, sin que nadie pueda acusar al autor de fabuloso ni de exagerado. Si preparamos los colores de la paleta con el zumo de aquella manzana que á solas se comieron el padre Adán y la madre Eva, puede el pintor retratar á todos los hombres presentes, pasados y futuros; una mirada de amor engendrará el pecado, y otra de amor mirada firmó nuestra sentencia de muerte. No tiene remedio: nos han condenado á morir, con que bien podemos despacharnos á nuestro gusto mientras estamos en la capilla preparatoria.

Ya no se trata del hombre soltero á quien le ocurre pensar en que puede dejar de serlo alguna vez; ni del que lo ha pensado y ha visto que la libertad es un purgatorio del cielo, que no se debe de encerrar en el purgatorio; ni, finalmente, del hombre que cree que alguna vez podrá llegar á ser marido, sino del que sueña que no será feliz hasta que se haya casado. El protagonista

(*) Véanse los números 102 y 103.

de este cuadro no piensa en que, si se desespera acudirá al suicidio, sino que ha cargado la pistola, y para que no le falte el valor al soltar el gatillo, ha escrito su despedida en una carta que ha puesto por su propia mano en el correo. La carta llegará a su destino y sino se ha quitado la vida por desesperación, se la quitará por vergüenza, y el resultado será tan cadavérico de un modo como de otro.

Nuestro escribiente de loterías hacia seis años que lo era, por mas que semejante inamovilidad le parezca mentira a los lectores, y en las horas que le dejaba libres la oficina, que no eran pocas, se habia dedicado a hacer el oso. Este oficio no está sujeto a ninguna especie de subsidio, y es el único que se puede ejercer sin trabas rentísticas ni municipales; tiene otras y no pocas, pero no es esta ocasión de enumerarlas. En cuanto a que nuestro héroe le ejercía constantemente, queda probado con decir que habia sido socio activo de varios teatros caseros. Poco versados de lo que en ellos pasa serán los que ignoren, que hacer comedias y hacer el amor, son dos ocupaciones dependientes del mismo gremio. Si no tuviéramos resuelto destinar otra sala de este museo de pinturas a los aficionados, no se habrían de escapar ahora sin unas cuantas líneas, los de comedias; halláramos en ellos tanta inspiración para este cuadro que quizá no cupiera en el lienzo. Pero hemos dicho ya que una de las primeras cualidades del matrimonio es la de no distraerse de él por nada ni para nada, y desde luego nos cosemos á propósito con Perico Derretido, que así se llama el futuro yerno de doña Casiana. A esta señora no nos pensamos adherir con tanta fuerza, porque estamos seguros de que ella cuidará de no desasirse á dos tirones, ni á doscientos.

Y es el caso, que como íbamos diciendo, Perico habia sido barbero, desde antes que tuviera con que entretener al barbero, y gracioso sin gracia, en varios teatros de la corte. En aquellos tiempos aprendió á hacer el amor á las mil maravillas, y llegó á ser un consumado seductor platónico de todas las jóvenes que concurrían á las citadas reuniones. Difícil sería calcular el número de billetes amorosos que habia escrito, aun cuando hiciéramos un cálculo alzado, por el número de resmas de papel de color que él confiesa haber consumido; no todos los que escribía le salían dignos de ser presentados, ni tenía proporción de entregarlos todos. Siempre tenía en juego cuatro ó cinco jóvenes, y apenas pasaba día en que no tomara y dejase alguna. Pero entonces no sentía amor hacia ninguna de ellas, y si alguna se lo inspiraba, pronto se convertía en humo, abrasado por las miradas de otra, que le pedía billetes para la próxima comedia casera.

Así cumplió Perico Derretido veinte y cinco años de edad, y asimismo hubiese llegado á los cincuenta, si el demonio de la revolución hubiera respetado los teatros caseros y las tertulias de confianza; pero se dijo que todos los españoles desde la edad de diez y ocho años hasta la de sesenta estaban obligados á servir á la patria con las armas en la mano, y Perico era español, mayor de diez y ocho años y menor de sesenta. Empuñó el fusil que le regalaba su querida madre patria, y ya no tuvo otra novia que la cartuchera, ni representó mas comedias que la del soldado, faltándole el tiempo para hacer centinelas y limpiar el correaje. Lo que aprendió en los cuerpos de guardia, no hay para qué decirlo; baste saber que se avergonzó de sus amores platónicos, y decidió hacerse calavera y calavera de trueno. No nos conviene seguirle en ese corto periodo de su vida; diremos solamente para alivio de su conciencia, que no consiguió ser calavera ni libertino, por mas que le llamasen el terror de las madres y de los esposos, y que siempre se conservó digno de las sociedades pacíficas en que habia pasado los primeros años de su juventud. Buena prueba de esto es el haberle hallado en la modesta tertulia de la calle de la Estrella; allí se refugió para curarse de las heridas que él creía haberle causado la revolución, decidido á buscar una novia que le sirviese para esposa. Las primeras miradas de amor que le dirigió doña Casiana, no le hicieron enamorarse de ésta, pero si de su hija, y el lector sabe lo demas. Lo único que ignora es el contenido del billete que puso en manos de la criada, y que ésta entregó sin demora á su señorita. Decía así:

«Amable señorita: son las cinco de la madrugada y he pasado una noche horrible... (Perico se horrorizaba su h, porque la ortografía no está siempre al alcance de los empleados del gobierno.) He rasgado mas de seis cartas y no sé si llegaré á terminar esta... ¡Ah! si pudiera explicar á vd. la emoción que siento al recordarla... Una vez nada mas nos hemos visto, y sin embargo, su imagen de vd. vivirá eternamente grabada en mi corazón... Salí de la tertulia y fui siguiendo á ustedes hasta su casa... ¡su casa!... si no hubiera sido por temor de que el sereno me tomase por un ladrón, allí habria pasado toda la noche... Pero perdóneme usted, señorita, no sé lo que estoy diciendo... me parece que tambien voy á rasgar esta carta... Acaso vd. no se acordará de mí... tal vez el caballero que acompañaba á vds. será mas feliz que yo... (son los primeros celos que le inspirado.) «si no hubiera sido por él me habria matreado (ya pareció la h horrible) á ofrecer el brazo á su buena mamá... Pero no sé lo que me digo... mi razón se oscurece... y no puedo, no debo continuar escribiendo... rasgaré esta carta... Sin embargo, quiero salir de este estado que me mata... La incertidumbre es mil veces peor que la muerte... ¿vd. sabe lo que es la incertidumbre? ¿Ha amado vd. alguna vez? ¡Ah! si habra amado, no me cabe duda... amará tal vez ahora...

¡y no soy el objeto de ese amor que tanto anhelo!... ¡Ah! sáqueme vd. por Dios de este apuro... dígame vd. que me ama... Pero esto es mucho pedir... dígame vd. que me aborrece: lo prefiero á esta incertidumbre que me mata... Desde que me despedí de vds. no hago mas que besar una prenda preciosa que guardaré siempre sobre el corazón... Es un papel en el que vd. ha puesto su hermosa mano... Anoche todos me envidiaban cuando le recogí del suelo. En fin, señorita, á las cuatro salgo de la oficina, hoy pediré licencia para salir media hora antes, y pasaré por delante del balcon. Si vd. se asoma... si una seña me indica que ha recibido mi carta, me creará el mas feliz de los mortales. Y si vd. se digna corresponder á mi amor... no dilate un momento en avisarme, diciéndome de qué medios he de valerme para entrar en su casa. Yo tengo muchos amigos, y alguno acaso conocerá á su mamá; hoy preguntaré á todos los de la oficina. Pero ahora pienso en la manera de hacer llegar á vd. esta declaración de amor, y no me ocurre nada... Si vd. no la recibe, esté segura de que me voy á desesperar.

«En fin, no quiero ser molesto... Perdóneme vd. la mala letra y el que no vaya en verso, porque bien sé que las declaraciones de amor deben hacerse en verso, y tengo muchos amigos poetas de los mejores; pero no he tenido paciencia para esperar á que fuese de día.

«¡Irá vd. esta noche á la tertulia?... Yo estaré en la acera de enfrente para ver si vd. sale... Por Dios, no deje vd. de hacerme una seña sino ha recibido esta carta.

«Adios, señorita, saque vd. pronto de dudas al que no aspira á otra cosa que á poderse honrar algun día con el título de esposo, y es hoy

S. S. Q. S. P. B.
Perico Derretido.»

Esta carta del género misto, entre el romántico y el clásico, dejó petrificada á la hija de doña Casiana; que sin embargo, decidió corresponder á la pasión de Perico. A los diez y siete años no hay corazón que goce con la desgracia de otro, ni la duda tiene entrada en la primavera de la vida. Por fortuna Perico no era un seductor, y nada perdía la cándida niña en dar crédito á sus palabras. Doce veces leyó la carta antes de que su mamá volviese de misa; y otras tantas salió al balcon, creyendo que ya era la hora de que saliesen de la oficina los escribientes de loterías. La criada la hizo mil elogios de la gentileza del novio, y amen del duro que de este habia recibido, cobró de su señorita un pañuelo del cuello en buen uso. Doña Casiana volvió de oír misa, y adivinó que su hija habia recibido la carta, (¡que penetración!) y que estaba dispuesta á entrar en relaciones con el joven escribiente. Tenía demasiada experiencia para no sorprender las primeras miradas de amor de una niña. Ese día la hizo mas mimos que nunca, y despues de haber almorzado se sentaron á coser ambas, y doña Casiana dijo á la criada que no estaba en casa para nadie; queria estar solo para su hija y á solas con ella. La criada quedó enterada y se retiró á la cocina cantando aquello de:

Se lo dije á mi madre
dijo veremos;
la respuesta no es mala
boda tendremos.

Doña Casiana miró á su hija las suficientes veces para turbarla y la dijo:

«¿No tienes nada que decirme, hija mia? (la niña tembló). ¿Nada te ocurre que confiar á tu madre?

La niña quiso decir que no y que si, y no dijo nada.

«Mira, continuó doña Casiana, si tuvieses otra hermana ó alguna amiga muy íntima, en buen hora que consultaras con ellas tus penas....

«¡Pero sino tengo penas, mamá! interrumpió vivamente la niña.

«O alegrías, es lo mismo, y tanto mejor para que las confies á tu madre.... ¿Crees tú que hay nadie en el mundo que se alegre mas que yo de tu felicidad?... Yo no quiero mas que tu bien, hija mia, tu bienestar antes que todo.

La niña bajó la cabeza, dejó caer al suelo la aguja y derramó algunas lágrimas sobre la costura. La madre se acercó á acariciarla y con tono alegre la dijo:

«¡Eh!... no seas bobina... ¡si crearás tú que no sé yo lo que pasa!

«¿Lo sabe vd?... replicó la niña.

«No... pero me lo figuró... algunos amores... ¿tal vez el joven que nos trajo aquella visita de tu tío el canónigo?... lo sentiría, porque ya sabes que es un calavera; pero siendo de tu gusto....

«No, mamá, no es de mi gusto, ni me ha dicho nada nunca.

«¡Ya lo sé!... dijo doña Casiana, tras de un hondo y amarguísimo suspiro... pero creí que te habria hecho alguna declaración de amor... y en ese caso las niñas bien educadas, sabiendo que su madre no desea otra cosa que su bien estar....

«No me atrevo... interrumpió con pena la niña.

«¿A qué no te atreves? ¿á confiarte conmigo?... pues no te violentes, porque esas cosas han de ser espontáneas....

«Me va vd. á reñir....

«No tal.

«Me dá vd. palabra de no incomodarse?

«Si.

«¿Ni conmigo, ni con la muchacha?

«¿Con la criada?... preguntó doña Casiana con fingida aspereza; y la niña se estremeció al punto. ¿Pues que ha hecho la criada?

«Nada, mamá, nada... la va vd. á reñir...

«No la reñiré... di que es ello.

La niña bajó los ojos, y moviendo los labios, como si estuviera masticando, mas bien que si se dispusiera á hablar dijo:

«¿Se acuerda vd. de aquel joven moreno, de bigote, que estaba anoche en la tertulia, junto á la señora de la casa?

«¿El que ganó las dos quinterns seguidas?

«No, mamá, el que estaba al otro lado.

«¿El que hablaba con la hija mayor de la casa?

«Tampoco... no le conoce vd.

«Es igual, cuéntame lo que ha ocurrido.

«Me va vd. á reñir...

«Ya te he dicho que no, habla.

«Pues me ha hecho... una declaración de amor.

«¿Cuándo? dijo la madre con acento poco dulce.

«¿Lo ve vd? por eso no queria decirlo... ya se incomoda vd.

«No lo creas, hija mia, no me incomoda.... ¿A ti te gusta?

«¿A mí?...

«Si te gusta... y es hombre de bien, y trae buenos fines....

«Si, señora, eso si.

«¿Te ha escrito?

La niña presentó á su madre la carta, y doña Casiana la leyó, disimulando el gozo que la causaba la lectura; pero guardó silencio por algunos momentos, al cabo de los cuales dijo:

«¿Y qué piensas hacer?

«Yo... nada, lo que vd. quiera.

«Me gusta esa humildad; pero ese es negocio tuyo... si te ha parecido bien y quieres contestarle... le puedes decir que no haces nada sin el consentimiento de tu mamá, y que puede insinuarse... y en fin, tú le dices lo que te parezca... Yo me informaré de quién es, y siendo hombre de bien, aunque sea pobre.

Doña Casiana, pensó que lo que puede hacerse hoy no debe dejarse para mañana, y salió de su casa á hacer la visita de cumplido, á la señora de la calle de la Estrella, y á informarse con maña de quien era su futuro yerno. La dijo á su hija, que iba á hacer la visita por que no pareciera grosería volver á la noche sin haber llenado ese requisito, y la criada cantaba mientras tanto esta copla:

No voy por ti á tu casa
voy por tu hermana,
siempre se adora el santo
por la peana.

(Se continuará.)

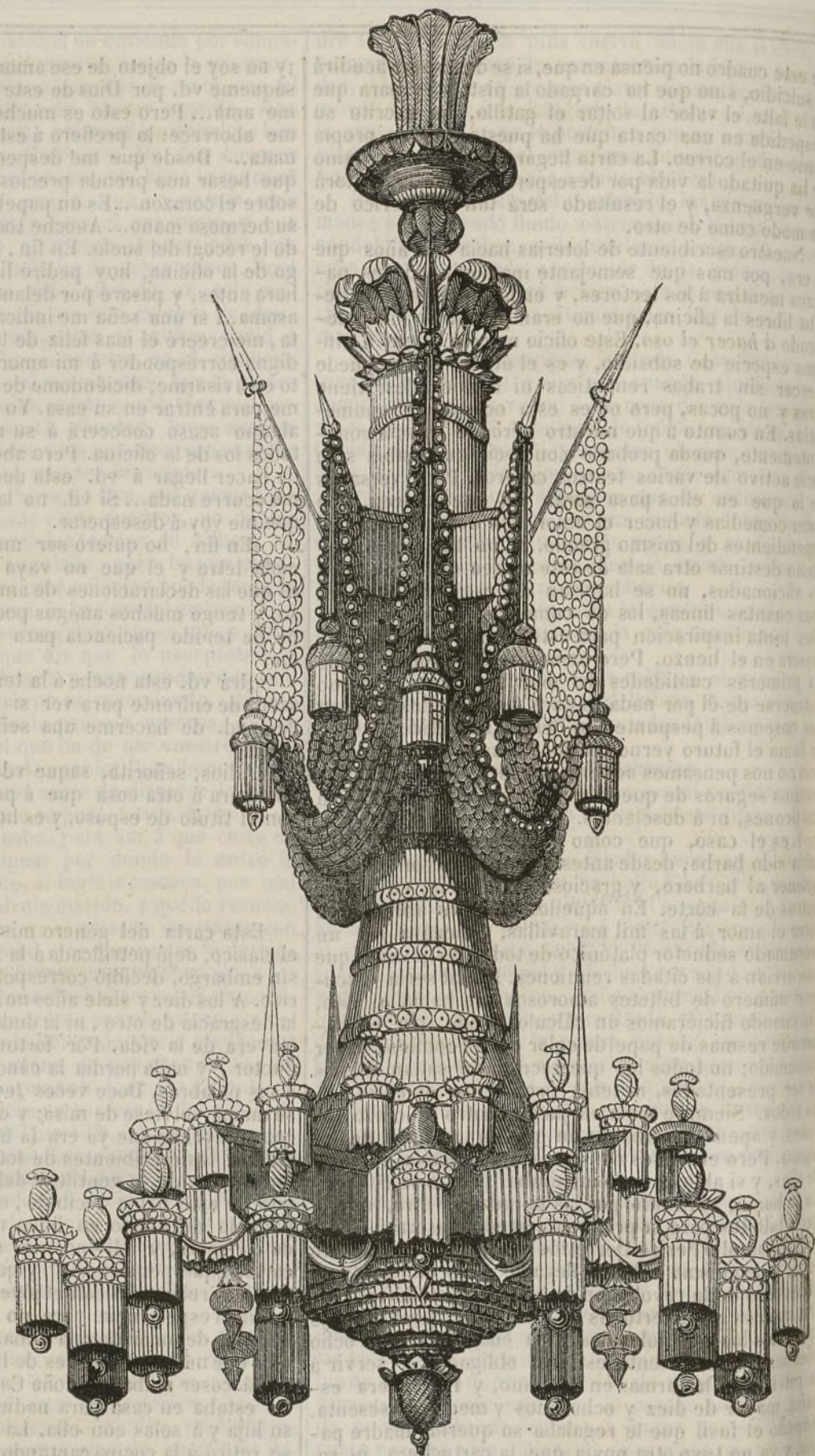
ANTONIO FLORES.

CARTAS SOBRE LA ESPOSICION UNIVERSAL.

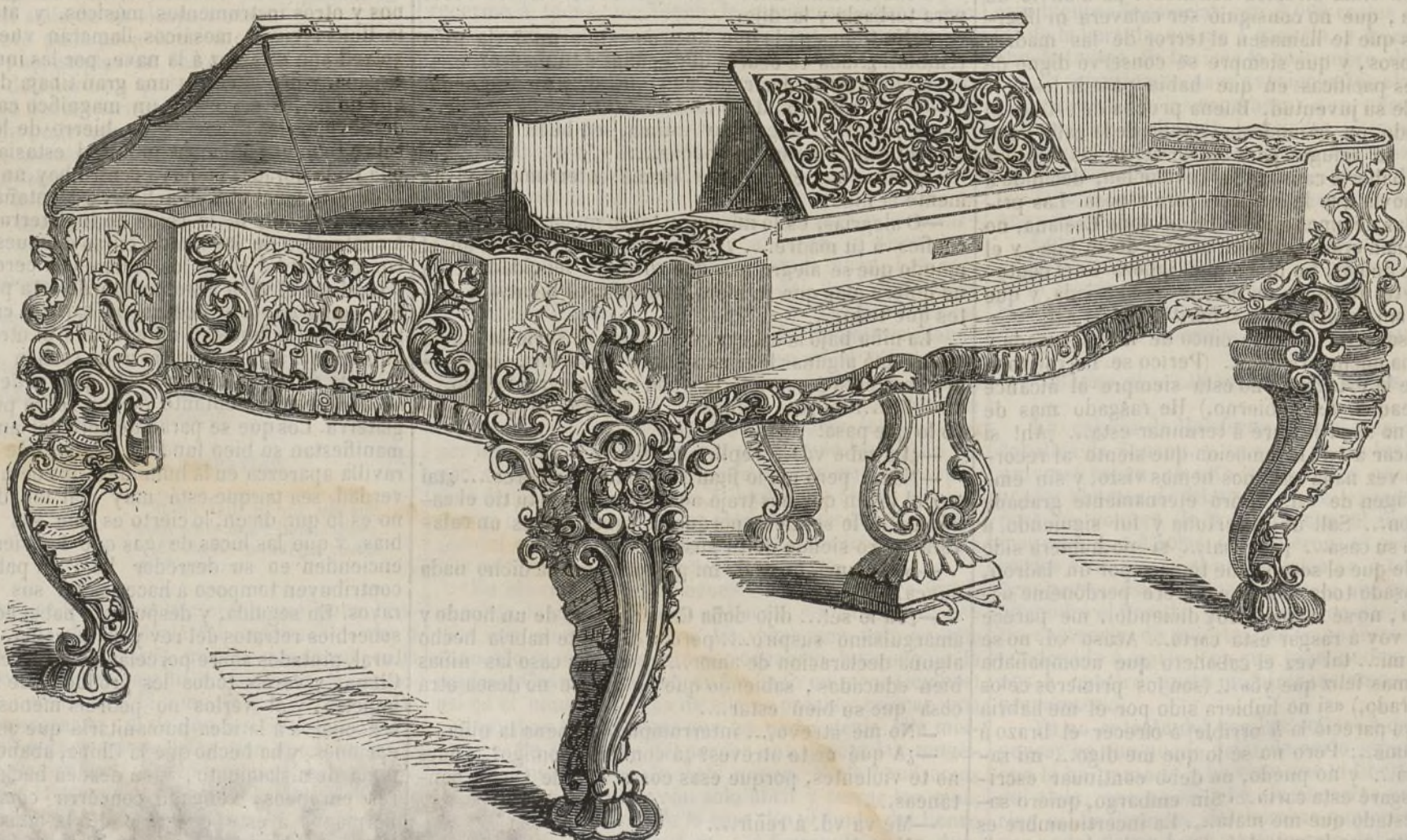
(Continuacion.)

Al salir de ella tropezareis con una coleccion admirable de sedas en bruto, de productos quimicos, de pianos y otros instrumentos músicos, y atravesando por la Italia, cuyos mosaicos llamarán vuestra atención, volved aun otra vez á la nave, por las inmediaciones de España, y encontrareis una gran tinaja del Toboso aunque no de las mayores, un magnifico cañon de bronce de Sevilla, dos morteros de hierro de los carlistas, y sobre todo una inmensa multitud estasiada delante de una jaula dorada, en cuyo centro hay un fanal, y debajo de este fanal el Koh-i-noor, ó Montaña de luz, el célebre diamante de la reina de Inglaterra, que vale.... á cualquiera de las nueve cifras de nuestro sistema de contar, añadid todos los millares de ceros que queráis, y tendreis el valor aproximado de esta preciosa piedra. Sin embargo, este pedazo de carbon cristalizado con todo su valor fabuloso no equivale al otro en su estado natural, al inmenso trozo de carbon de piedra que se halla espuesto afuera de la puerta de O, y que es el verdadero representante de la riqueza positiva de la Inglaterra. Los que se paran delante del famoso diamante, manifiestan su bien fundado asombro de que tanta maravilla aparezca en la humilde forma de un cristal; y á la verdad, sea porque está muy mal tallado, sea porque no es lo que dicen, lo cierto es que sus aguas son turbias, y que las luces de gas que los viernes y sábados encienden en su derredor bajo un pabellon rojo, no contribuyen tampoco á hacer saltar sus lumbres ni sus rayos. En seguida, y despues de haber admirado los dos soberbios retratos del rey y de la reina, de tamaño natural, pintados sobre porcelana de Sevres, entrad en la China, y vereis todos los productos de lujo del celeste imperio, y al verlos no podreis menos de bendecir y regocijaros á la idea humanitaria que así ha unido á las naciones, y ha hecho que la China, abandonando su sistema de aislamiento, y su desden hacia los mercaderes europeos, venga á concurrir como otros tantos hermanos á este congreso de la amistad de los pueblos, y cuando veais luego el chino, que con su traje oriental cuida de aquellos objetos, despues que en miles de estampas os han representado manda-

MUESTRA de piza de tejido de seda, hecha en la acreditada fábrica de Mr. J. E. Ratcliff, de Coventry. El dibujo está tomado de una planta natural. El tejido es muy delicado y original, y está hecho en una máquina de nueva invención.



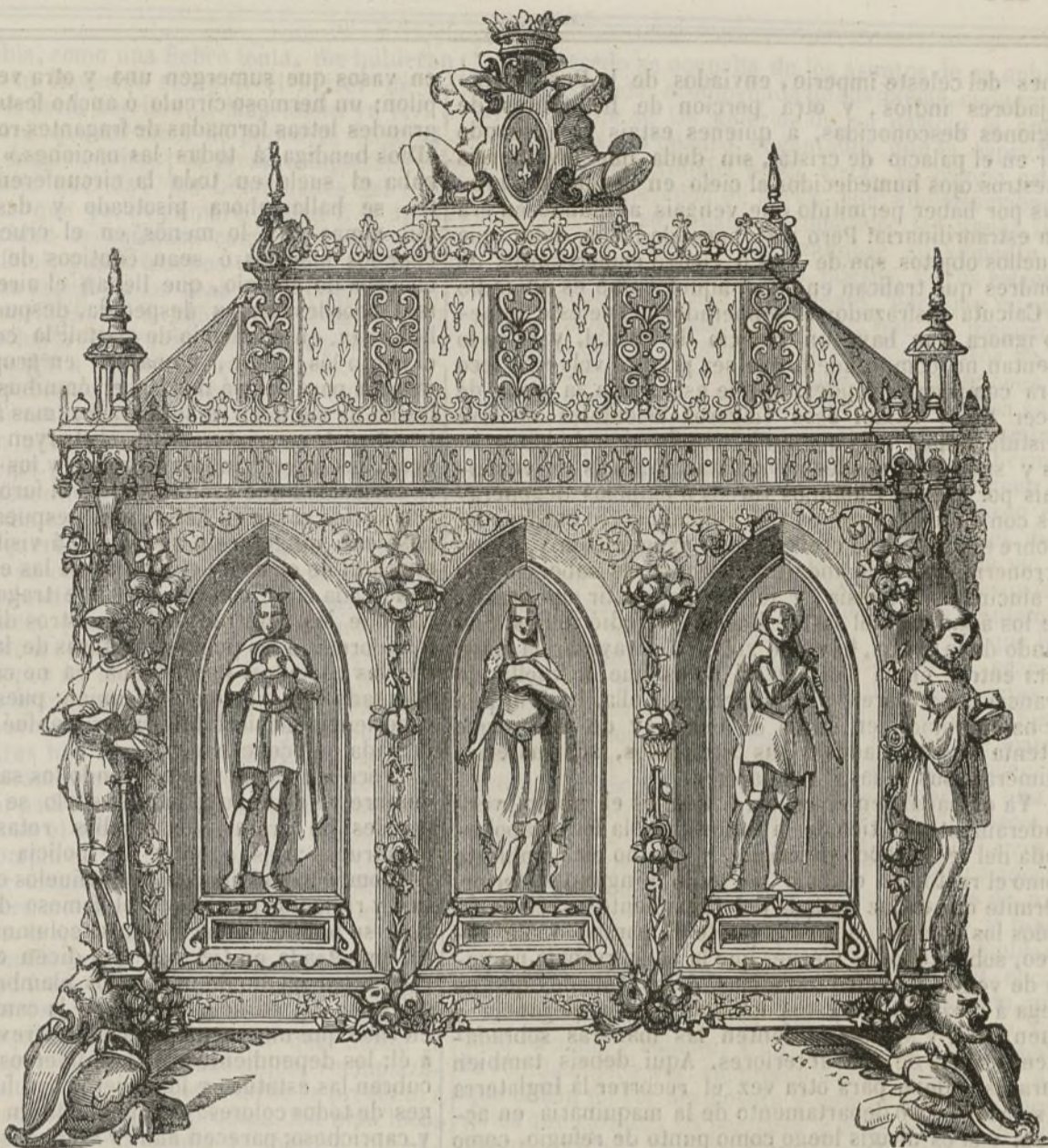
LAMPARA espuesta por Mrs. Hancock, Rixon y Dunt, de Londres. Es de cristal de roca, y tiene treinta y dos mecheros, para contener otras tantas luces. La seccion del cuerpo forma una estrella; la parte superior, está compuesta de almendrillas de cristal arregladas bajo la figura de banderas. El todo presenta un brillante conjunto de elegancia y buen gusto.



FORTE-PIANO, presentado por Mrs. Nunn y Clark, de Nueva-York. Está ejecutado con elegancia y lujo: es una obra maestra en su género, y el crédito de sus autores, se aumenta notablemente, cuando se tiene ocasion de oír los acordes sonidos de este admirable instrumento.



LA PORCELANA de Mrs. Herbert, Minton, ha llamado la atención en el palacio de cristal. La colección de objetos que ha presentado, tiene una extensiva variedad, y todo un mérito indisputable. Entre los muchos que ha espuesto, grabamos el adorno destilador para dar una idea de la bondad de las obras de estos acreditados fabricantes.



Entre los infinitos muebles que ha presentado el ebanista parisiense Mr. Froment-Meurice, ha llamado la atención de los inteligentes el presente joyero, reputado por los periódicos ingleses como obra eminente. Es uno de los productos mas acabados que se han visto en la exposición en el género de ebanisteria, y en el que tan sobresalientes se han mostrado los conocimientos y pensadores alemanes.



FAROL de coche de Estado, fabricado por Mr. B. Black de Londres. Está ricamente adornado con plata y oro. Es una obra justamente celebrada y que aumenta, si cabe, el crédito que ya goza su constructor.



VASO, CANDELABRO, SOPERA y SALSERA de plata, por Mr. Odiet, de París. Este fabricante goza de gran reputación en Francia y sus productos, espuestos en el palacio de cristal, han contribuido mucho a realzar el crédito de sus compatriotas en este ramo.

rines del celeste imperio, enviados de la Persia, embajadores indios, y otra porción de habitantes de regiones desconocidas, á quienes estais ya deseando ver en el palacio de cristal, sin duda que levantaréis vuestros ojos humedecidos al cielo en acción de gracias por haber permitido que vengais al mundo en era tan extraordinaria! Pero ¡ay! aprended con dolor que aquellos objetos son de tres ó cuatro comerciantes de Londres que trafican en ellos; aquel chino es un indio de Calcuta disfrazado: el emperador del celeste imperio ignora que haya un palacio de cristal, y si se lo cuentan no comprenderá que sea preciso volverse loco para comprar y vender, ni que esto valga la pena de hacer tanto ruido; esos viajeros orientales no han existido nunca mas que en la imaginación de los artistas y sus hermanos los periodistas. Apenas si encontráis por Londres algunos turcos ó egipcios degenerados con su traje europeo y su ridículo gorro encarnado. ¡Pobre español, que creías que la exageración y la fanfarronería eran solo andaluzas! si quieres saber lo que es alucinar sin poesía, y lo que es mentir sin gracia, lee los anuncios del sastre Moses, el judío inglés. Saliendo de la China, hay que volver á atravesar la nave para entrar en la Turquía, si no es que de vuelta de Francia habeis preferido venir por ella. La Turquía se ha habilitado en forma de bazar, y de esta suerte ostenta sus bordados y sus terciopelos, sus materias primeras, sus sedas y sus tapices.

Ya os hallais en el crucero. Este es el punto verdaderamente poético de la exposición: la forma abovedada del techo, todo de cristal, y que no está cubierto como el resto del edificio de toldo ninguno exterior, permite que la luz azulada del firmamento se refleje en todos los objetos. Allí es el punto de parada y de recreo, sobre todo los viernes que la concurrencia no pasa de veinte y cuatro mil almas, ó los sábados que no llega á diez mil. En estos dos días todo es elegancia y buen tono, y apenas se sienten las maneras sobradamente rudas de los anteriores. Aquí debeis tambien pararos y dejar para otra vez el recorrer la Inglaterra y su asombroso departamento de la maquinaria en acción; y si os dirigis luego como punto de refugio, como puerto de salvación al departamento de España, allí encontrareis á los visitantes españoles, que se reúnen y se citan, ya conversando, ya informándose de la llegada de nuevos viajeros. En un libro que allí vereis hallareis los nombres de todos los que llegan, y aunque hay algunos que no han tenido por conveniente dar los suyos, la lista cuenta ya con cerca de quinientos, flor y nata de la corte y provincias de las Españas, y digo de las Españas, pues tambien el Nuevo Mundo ha contribuido á aumentar el catálogo. Pero ni aun allí os hallais libre de ataques. Cada diez minutos una tímida dama ó un grave caballero os preguntan, la una por las joyas de la reina de España, el otro por las espadas de Toledo; y es gracioso ver el aire de incredulidad que manifiestan estas curiosas damiselas cuando les decis que las joyas se hallan en el departamento francés, al otro lado de la nave. En efecto, un diamantista de París ha hecho para nuestra reina un magnífico y completo aderezo de brillantes, de coste (dicen) de 500,000 francos y el buen industrial ha puesto encima del estante en que se hallan espuestas dichas joyas, «Mr. Tal (el nombre importa poco), joyero de la reina de España:» esto le ha valido que la reina de Inglaterra le compró tambien una rica diadema de záfiro, y un broche de dos enormes rubies guarnecidos de diamantes. La espada de Toledo, que tanto llama la atención, es de una hoja tan bien templada y flexible, que la vaina, en vez de ser recta, es un aro redondo de plata imitando una serpiente, cuya cabeza es el puño de la espada; un resorte la mantiene unida á el cuerpo del reptil.

Ya que habeis reposado un poco, volveis de nuevo á engolfaros en aquel piélagos de seres humanos, y un enorme cartel que lleva á manera de estandarte un dependiente, y en el cual se ven escritas estas palabras: «Hace falta un médico en la India», os obliga á seguir sus pasos, meditando sobre aquellas palabras que os hacen dudar de vuestra inteligencia del idioma inglés. Llegais, pues, á donde él se para, seguido de cinco ó seis personajes graves que se han abierto paso á duras penas por entre la muchedumbre; llegais, si, pero es á la India de la Exposición, al departamento en que se ostentan en rica profusión las sillas de montar de terciopelo y oro, los palanquines, los fastuosos almohadones, las grandes perlas y las cadenas prodigiosas. Una dama demasiado sensible y absorbida en contemplar tan lujosos atavíos, ha caído casi sofocada sobre un cogen; la multitud la estrecha y atosiga, nadie la socorre sino con miradas de asombro y estupor; aquellas fornidas criaturas no comprenden lo que es un síncope, y creen cuando menos en una muerte sobrenatural. En un momento los hombres del arte han incorporado á la dama; el uno ha sacado un espíritu, el otro la frota las sienes, este la inunda el rostro de agua; no falta quien saca una lanceta, y el último respetable personaje que llega se dispone á vaciar un glóbulo de un frasquillo infinitesimal; es decir, que todos los sistemas de curar se han reunido en un instante para un simple desmayo. Pero las emociones del día no han cesado todavía; unos cantos casi salvajes, una corneta de caza, aullidos infernales que parecen terribles nuncios del juicio final, os llevan de nuevo al crucero. La fuente de cristal que hay en el centro apenas arroja ya agua, y grande y magnífica como es, parece diminuta colocada en aquella inmensidad; las gentes se hallan apiñadas en su derredor, unos bebiendo en el cuenco de la mano, otros

en vasos que sumergen una y otra vez en el diáfano pilón; un hermoso círculo ó ancho festón de yerba con grandes letras formadas de fragantes rosas, que decían: «Dios bendiga á todas las naciones», y el cual ocupaba el suelo en toda la circunferencia de la fuente, se halla ahora pisoteado y destruido; treinta mil almas hay lo menos en el crucero para escuchar los alaridos ó sean cánticos de quinientos muchachos de colegio, que llenan el aire con sus voces mal acordes. Es su despedida, despues de un día de holganza, en el palacio de cristal: la corneta los llama, el canto los reúne, y una vez en grupo se ponen en marcha para salir á buscar el ómnibus ó la galera que los ha de conducir á su morada; ¡mas ay de ellos infelices! ¡pobres criaturas! les obstruyen el paso, los codean, los estrechan, los derriban y los aplastan; tal es la curiosidad que escitan, tal es el furor con que quieren verlos pasar en formación. Despues de este día, no pasa casi ninguno sin que vayan á visitar la exposición multitud de chicos y chiquillas de las escuelas de caridad, cada cual con el diferente traje de ignominia, con que los filántropos de nuestros días acostumbran á uniformar á las pobres criaturas de la limosna en todas las naciones. Por fortuna ya no cantan, y se ha adoptado otro sistema de reunión; pues á la verdad la experiencia musical del primer día fué mas bien cerrada que concierto.

Poco á poco se van aclarando los salones, la muchedumbre va disminuyendo; el suelo se ve cubierto de papeles de grasa, de botellas rotas y de algunos mendrugos; los agentes de policía van recogiendo las sombrillas olvidadas, los pañuelos caídos, los bolsillos y ridículos perdidos; el famoso diamante Koh-i-noor se hunde en una hermosa columna hueca de hierro, empotrada en tierra, y que dicen está en comunicación por medio de uno de los alambres del telégrafo eléctrico del edificio para sonar la campana de alarma en caso que una mano profana se atreviera á acercarse á él; los dependientes de los diversos departamentos cubren las estatuas y los objetos con fundas y cortinajes de todos colores: esto presenta un aspecto variado y caprichoso; parecen altas y elevadas fantasmas, unas encarnadas cual llamas del Averno, otras azules cual espíritus foletos, otras violadas cual almas errantes. El ruido va haciéndose menos perceptible á cada instante; los mas recalcitrantes se hallan sentados como reposando de la fatiga del día, hasta que suena la primera campanada de las siete. Entonces y como por encanto oyes un repique general de campanas, pero un repique lúgubre y acompasado. En el crucero, en la nave del E. y del O. se suceden unos toques á otros, ó mejor dicho, una vez empezados no cesan de aturdir los oídos. La primera sensación que recibis es glacial y casi convulsiva: todo retiembla, y parece que la tierra va á dar paso á los difuntos. No hay remedio es preciso huir y abandonar el recinto: solo así cesa el campaneó y vuelve la paz y el silencio á el palacio de cristal.

(Se continuará.)

SIGISMUNDA Y GUISCARDO.

LEYENDA DEL SIGLO XIII.

I.

EL JURAMENTO.

El golfo de Salerno es famoso en nuestra historia, por haber sido vencida en él la casi siempre vencedora armada del emperador Carlos V. Filipino Doria, digno sobrino del esforzado Andrea Doria, fué el dichoso que en 1527, ornó su frente con tan gloriosos laureles, rompiendo la armada del afortunado monarca, con muerte del valiente Hugo de Moncada que la mandaba, y prision del marqués del Basto, Ascanio, Colona y otros soldados de menor cuenta.

Dicho golfo está situado en el mar Tirreno, junto á la ribera oriental del reino de Nápoles; y enfrente de él se estiende aquel terreno afortunado, que por su hermosura, feracidad, y variada vegetación ha merecido llamarse el paraíso de la deliciosa Italia, así como á esta se le ha dado justamente el nombre de jardín de Europa. A poca distancia de la ribera del golfo está fundada la ciudad de Salerno, cabeza de la que se llamó antiguamente *colonia de los Picentinos*; comprendida despues en la llamada *Magna Grecia*; y ahora capital del principado citerior, uno de los del reino de Nápoles.

Una multitud de colinas cubiertas de espesos bosques, de frondosas arboledas, de amenos y floridos prados rodean la dilatada y fértil llanura donde está asentada la ciudad, y las aguas del río Busanola, deslizándose blandamente entre las flores y mieses del delicioso país que fecundan, van por cerca de la ciudad á confundirse con las espumosas ondas del Tirreno.

Dos siglos despues que los guerreros normandos, conducidos por los valientes capitanes Dreux, Fierabras y Roberto Guiscardo, se habian establecido en lo que hoy es el reino de Nápoles, arrojando completamente de él á los belicosos sectarios del Alcoran, esto es, hácia mediados del siglo XIII, obtenia el principado de Salerno, Tancredo, descendiente de los primeros conquistadores normandos ya nombrados. Como la mayor parte de los principes de aquella época, se habia criado en los campamentos, habia recibido su educa-

ción entre el estruendo de las armas y en sus años juveniles no habia conocido mas placeres que manejar el brioso corcel, empuñar la lanza, buscar las empresas arriesgadas, y verter sangre enemiga en los combates, ó acosar las fieras en las ruidosas partidas de caza. Ageno siempre á las dulces emociones que proporcionan la paz y los placeres de la sociedad, su alma lo mismo que su cuerpo habian adquirido cierta dureza, y sus ideas iban siempre acompañadas de rigidez é inflexibilidad.

Cuando el cansancio de la guerra y la madurez de los años le volvieron á su palacio, pensó en la utilidad de dejar un heredero á sus estados, y en la necesidad de una compañera que participase de sus glorias y riquezas, y le sirviese de consuelo y compañía en sus últimos años, y mas por convicción que por amor, se casó con una de las mas nobles y ricas princesas de Italia. Esta princesa, que á una grande hermosura unia un talento superior, cautivó de tal modo el afecto de Tancredo, que supo resucitar en él el ardor de los primeros años. Como si el amor de su esposa hubiera rasgado un velo en el alma del principe, éste descubrió una nueva vida; nuevas ideas, nuevas dulzuras y placeres que jamás habia percibido ocuparon su imaginación, y vinieron á embriagarle dulcemente; y Tancredo se entusiasmó por el amor, mucho mas que se habia entusiasmado por los combates. La influencia de este cambio llegó hasta sus vasallos, su gobierno era justo y paternal; Tancredo se dirigía por los apacibles sentimientos de su esposa, la amaba con delirio y en ella encontraba sus delicias. Su entusiasmo llegó á ser extraordinario cuando vió que se acercaba el momento de ser padre; el principe no hablaba mas que de su felicidad y de los preparativos para solemnizar tan fausto acontecimiento. Mas la Divina Providencia tenia dispuesta otra cosa, la esposa de Tancredo dió á luz una niña, heredera y copia fiel de su hermosura y talento; pero como la flor delicada del frutal, que cae deshojada al cuajar el fruto, murió poco despues del parto.

Estremado y cruel fué el dolor de Tancredo por la pérdida de su esposa idolatrada, nada podia consolarle, y tal vez hubiera caído en la desesperación si el rostro angelical de Sigismunda, así pusieron por nombre á la niña, en el que se habian copiado las delicadas facciones de su madre, no hubiese fijado su atención. Solo su mirada inocente, su sonrisa y gracias infantiles, pudieron proporcionar algun consuelo á la desolación y amargura del principe. Bien pronto el amor de esposo y de padre se reunieron en Tancredo para amar á su hija, y á proporcion que crecía la niña, que su hermosura y talento se desarrollaban, crecía tambien la pasión del principe, que llegó hasta una exaltación extraordinaria, hasta el delirio. Jamás se separaba de su hija, él mismo se hallaba presente á las mas menudas cosas de su educación, que fué tan esmerada, tan digna de una princesa, que á los diez y ocho años, Sigismunda era por su hermosura y talento el asombro de Italia.

Aunque el entusiasmado padre nada sentía tanto como el separar de su lado á Sigismunda; tuvo, sin embargo, que acceder á las repetidas instancias de los muchos principes que solicitaban su mano, y se resolvió á dárle por esposa al duque de Campania, principe jóven y poderoso.

Cuando Tancredo se vió separado de su hija, le pareció que habia quedado en una espantosa soledad. El ruido de su corte, los negocios de su gobierno, los consuelos que á competencia le prodigaban sus amigos, no lograban distraerle un momento. No sabia hablar mas que de su hija, repetía su nombre á todas horas, y cuando quedaba solo en su habitación, lloraba como un niño, ¡maldecía en su corazón el momento en que consintió separar á Sigismunda de su lado; nada, en fin, era capaz de llenar el vacío que la ausencia de la hija habia dejado en su corazón. La salud del principe se alteraba tristemente, y tal vez hubiera sido víctima de su tristeza, si su padecimiento hubiera sido de larga duración; pero el jóven esposo de Sigismunda murió á los pocos meses de casado, y Tancredo se apresuró á volver á su hija á su lado.

El día que Sigismunda volvió á entrar en el palacio de Salerno, el principe estaba ya enteramente mudado; aunque se veía obligado á manifestar sentimiento por la muerte prematura de su hijo político, el placer le dominaba en su semblante, sus ojos brillaban alegres al ver á su hija, y estrechándola tiernamente entre sus brazos, exclamó: ¡por mí fé, que jamás, jamás volveré á separarte de mi lado! El corazón de Sigismunda estaba entonces combatido de dos fuertes emociones; no podía olvidar la muerte reciente del esposo á quien amaba, y se alegraba de volver á los brazos de su padre: por consecuencia, en este estado de agitación pasaron enteramente desapercibidas las últimas palabras de Tancredo, que bien pronto habian de causar el tormento y perdición de la jóven princesa.

Apenas se habian cumplido las indispensables ceremonias del luto, y ya muchos principes y poderosos señores solicitaban la mano de Sigismunda, cuya belleza y talento eran el orgullo y encanto de Italia. Tancredo volvió á temer con horror la separación de su hija, la amaba hasta el frenesí, y quiso asegurarse de su posesión para siempre. Un día, que según costumbre estaba sentado al lado de su hija, y estrechaba entre sus nervudas manos las blancas y contorneadas de Sigismunda, exhaló un profundo suspiro, y la dijo:

—¡Ah, hija mía, cuánto he sufrido durante tu ausencia! No puedes formar idea exacta de lo que yo he padecido.

—Lo creo, padre mio, también yo sentía vuestra ausencia; pero vos lo sentiríais más, porque estáis solo, y como me amabais tanto....

—Oh! hasta el delirio; yo preferiría la muerte a una nueva separación. Di, Sigismunda, ¿me amas? ¿me amas con tanta pasión como yo te amo?

—¿Y cómo podría no amaros? Vos sois tan bueno....

—Oh! tú también lo mereces, porque también me amas mucho. ¿No es verdad, hija mía?

—Si vuestra sangre noble que circula por mis venas no me inspirase amor estremado hacia vos, el reconocimiento por vuestros desvelos en favor mío, no me obligaría a idolatraros? ¿Podeis dudar, querido padre, que os amo con todo mi corazón?

—No, hija mía, contestó el príncipe estrechándola fuertemente contra su pecho, no dudo de tu cariño; pero si llegara otra vez el momento fatal de separarnos, yo moriría de pena. Pero tan seguro estoy de tu amor, que voy a exigirte una prueba, vas a hacerme una promesa, que como un bálsamo consolador derramará la tranquilidad en mi alma.

—¿Y qué podré yo negaros, padre mio? Hablad, y vuestra hija os otorga desde luego esa promesa que tanto anhela.

—Pues bien, dame tu mano, deja que la coloque sobre mi corazón, y júrame por tu nombre, por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra, que nunca te separarás de mí.

Sigismunda iba a pronunciar el juramento: pero de pronto, como si las últimas palabras hubieran rasgado el velo que le encubría su triste porvenir, como si su corazón hubiera sido herido de un presentimiento fatal, palideció de repente, un ligero temblor agitó todo su cuerpo, y balbuceó algunas palabras incoherentes, y casi imperceptibles. Tancredo fijó sus ojos desentajados en su hija; el temor, la duda, y la desesperación se pintaban alternativamente en su semblante agitado. Al fin, con voz entrecortada le dijo:

—¿Tú dudas?... ¿tú rehusas hacerme este juramento?... ¡ah! ¡tú no me amas!... y rechazó de sí con violencia la mano fría de su hija. Un copioso llanto bañaba las hermosas mejillas de la princesa, que arrastrándose de rodillas, asida a la mano de Tancredo, gritaba:

—Padre mio, perdon... oidme.... ya estoy pronta...

—No, no me amas, hija cruel, replicó retirándose, no me amas, hija desnaturalizada.

—Por piedad, padre mio, no atormentéis más mi corazón angustiado, os lo suplico.

—Es inútil; el amor que busca pretextos para no complacer no es amor, es fingimiento.

—Mas oidme por vuestro amor; yo creo que el juramento que exigis de mí, envuelve un voto indiscreto, y yo soy tan joven....

—Bien, cabalmente me has comprendido; sí, yo exijo de ti que no vuelvas a casarte.

—Ah querido padre! ¿Solo con este sacrificio puede quedar satisfecho vuestro amor? ¿Será posible que vos, que tanto me amais, me condeneis a un perpetuo celibato? ¿Que veáis marchitarse la flor de mi juventud y hermosura, exigiendo al mismo tiempo de mí que como una estatua inanimada sea insensible a las violentas pasiones que inspira la naturaleza? No, no seréis tan cruel; yo os juro no separarme de vuestro lado; pero si elijo un esposo, él os acompañará también; yo le impondré la condición de que no me obligue a separarme de vos; yo sabré amaros como padre, sin faltar a los deberes de esposa.

—Oh nunca, nunca, exclamó Tancredo furioso, ¿yo había de consentir que a mi presencia otro fuese más amado que yo? Sigismunda, mi resolución está irrevocablemente tomada; tu corazón ha de ser solo mío. ó no quiero más que la muerte. Pero no, no quiero violentarte.... busca, busca en buen hora un esposo; mi maldición y la del cielo acompañarán tu fatal himeneo, y en el esposo, cuya idea ahora tanto te halaga, encontrarás el castigo que mereces.

Estas palabras de Tancredo iban acompañadas de una expresión horrible; sus ojos estaban encendidos é hinchados, y parecían saltarse de sus órbitas; sus labios ardidos y temblorosos, todas sus facciones contraídas y convulsas anunciaban la desesperación mas terrible, y una resolución irrevocable. Sigismunda se estremeció, creyó inútil toda reflexión, porque su padre no estaba en estado de comprenderlas; y aunque convenida de que se trazaba un porvenir horrible, de que un violento martirio la empujaba muy pronto al sepulcro; corrió pálida y desentajada a los pies de Tancredo, rogó entre las suyas su nervuda mano, y humediéndola con sus lágrimas exclamó:

—No, padre mio, no me maldigais: ¡ah! la maldición de un padre es horrible!... Bendecidme, bendecidme, yo os lo juro... no me separaré jamás de vos; nada os obtendrá el título de esposo mío; y mi cariño nada os dejará que desear. Pero perdonadme... no me maldigais, bendecidme.

Al mismo tiempo que hablaba Sigismunda, las facciones de su padre iban regularizándose y calmándose poco a poco; procuró dar a sus ojos cierta expresión de ternura, miró atentamente a su hija, y la estrechó fuertemente contra su pecho.

—Créeme, Sigismunda, la dijo: conozco todo el valor del sacrificio que acabas de hacer; leo en tu corazón, y comprendo cuanto sufres; mas yo no podía comprar mi tranquilidad a menos costa. Algun día recordarán con orgullo que has dado la vida al que te la dió. ¡Ah! si tú me hubieras rehusado este juramento, la des-

peración y la rabia, como una fiebre lenta, me hubieran consumido... y tú llevarías sobre ti el horror de mi muerte... ¡oh eso sería horrible!... Mas ahora yo viviré para ti; procuraré que mi amor de padre te haga olvidar todos los demás amores; tú serás completamente feliz. Adios, hija querida, las bendiciones del cielo completarán las que yo derramaré sobre ti a todas horas; la posteridad te señalará como ejemplo admirable de amor filial, y mis muchos y cansados años te prometen que tu sacrificio no será muy largo. Imprimió un beso cariñoso en la pálida frente de su hija, volvió a estrecharla contra su corazón, y se retiró dejándola entregada a sus tristes reflexiones.

Sigismunda, abatida por la escena que acababa de pasar, débil por el extraordinario esfuerzo que había hecho, cayó en uno de los sitios inmediatos, y un copioso llanto vino a desahogar su corazón oprimido. Mil funestos presentimientos se agolpaban a su imaginación, no podía establecer orden alguno en sus ideas incoherentes; quería discurrir sobre su situación presente, combinar su conducta en adelante; pero en vano, su cabeza estaba ardiente como el fuego; sus arterias latían con violencia, y su agitación crecía por momentos. Sigismunda apeló a su ánimo varonil, hizo un esfuerzo, su razón triunfó por un momento, y cayendo de rodillas, levantó las manos al cielo exclamando: ¡Dios mío, Dios mío, dadme fuerzas para cumplir el juramento que he prestado! Otras han hecho este sacrificio; han pronunciado este juramento por vuestro amor; yo lo he hecho por el de mi padre... ¿por qué no podré cumplirlo como ellas? ¿Acaso el amor de padre no es también sagrado? Sí, lo cumpliré, y lo cumpliré con gusto. ¡Ah! sí, yo debo estar alegre... ¿De qué serviría mi juramento si mi padre me viera triste? Valor, pues, comencemos a practicar lo que acabo de prometer.

Sigismunda había pasado repentinamente de los presentimientos mas funestos al orgullo que da la idea de que se va a obrar con heroísmo. Retirada a su aposento procuró tranquilizarse; los adornos que desde la muerte de su esposo estaban abandonados, reemplazaron los negros lutos; aquella misma tarde se presentó a su padre adornada y alegre, le prodigó los mas locos y exagerados cariños; y ella misma le invitó a que paseasen juntos, hablándole constantemente de placeres y felicidades. Tancredo quedó agradablemente sorprendido, pues esperaba con fundamento que su hija se presentaría triste y abatida, y que solo el tiempo y sus caricias podrían devolverla la tranquilidad. Al verla tan alegre su entusiasmo llegó hasta la locura, creyó que su amor había triunfado completamente en el corazón de su hija, y que la escena de aquella mañana había sido un arrebató de la imaginación enérgica de Sigismunda, que como un relámpago había pasado sin dejar rastro alguno.

Desde aquel día las fiestas, los placeres, las galas, los banquetes espléndidos, todo cuanto puede hacer la vida amable y encantadora, entraron a sucederse con rapidez en el palacio de Salerno, y el príncipe nada escaseaba para sostener el amor de su hija, que parecía también haberse entregado completamente a cultivar el amor de su padre. En la parte del Mediodía del palacio se dispuso una habitación, en la que competían el lujo y las comodidades; numerosas damas de la primera nobleza estaban encargadas de servir y acompañar a la princesa, y de estudiar hasta sus mas insignificantes caprichos, que eran al momento satisfechos. Sigismunda vivía allí en la mas completa libertad é independencia; y para poderse comunicar con su padre sin testigos, una puerta y paso interior, de la cual solo los dos tenían llave, unía la habitación del príncipe con la de su hija.

Tancredo, que como hombre de experiencia no ignoraba que las pasiones vehementes de su hija, que por entonces parecían adormecidas y tranquilas, podrían despertarse; y pareciéndole poco fuerte por sí la sola valla del juramento; tomó varias precauciones para que su hija no pudiese tratar, ni menos tener intimidad con ningún hombre; y dispuso de tal modo el servicio de su palacio, que jamás hombre alguno la hablaba como no fuese en su presencia. Sigismunda, pues, aunque hubiese querido quebrantar su juramento, se hallaba imposibilitada de oír ninguna declaración amorosa; y ella que de buena fé se había propuesto no tener mas ídolo que su padre, estaba resuelta a no dar entrada a ninguna inclinación amorosa. Pero cuán poco sirven los propósitos y precauciones humanas contra la violencia de las pasiones! Cuando estas se desarrollan con toda su fuerza, solo la gracia sobrenatural puede vencerlas. Además el juramento de Sigismunda no pasaba de los límites humanos, no tenía el objeto y fin sagrado que tiene el voto de las vírgenes santas del Señor.

Un año había pasado en esta felicidad, sin que nada la alterase. El príncipe pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de su hija, y esta parecía haber olvidado completamente las consecuencias de su juramento. Aunque varios príncipes, atraídos por la fama de la hermosura y talento de la princesa de Salerno, habían solicitado su mano, sus deseos jamás habían llegado hasta Sigismunda, su padre los había ocultado cuidadosamente; y las damas que la servían, hubieran experimentado todo el furor de Tancredo, si la hubiesen llevado el mas insignificante recado amoroso. Nada, pues, parecía poder alterar esta tranquilidad, porque la princesa estaba inaccesible para toda clase de hombres. Mas una casualidad vino bien pronto a cambiar esta dicha.

Una tarde de las apacibles del mes de mayo, mien-

tras Tancredo se ocupaba de los asuntos de su gobierno, Sigismunda, acompañada de sus damas, contemplaba desde una de las galerías de su palacio la amena perspectiva, el cuadro encantador que la caprichosa naturaleza desarrollaba a su vista. El campo estaba cubierto de variedad de flores, que embalsamaban el ambiente con su fragancia aromática; las aguas transparentes del Busanola, deslizándose suavemente por entre los campos cubiertos de mieses, cuyos estremos comenzaban a dorarse ligeramente, parecían murmurar los variados cantos de las aves, que se mecían en las flores de sus riberas, los bosques cubiertos de espeso follaje que presentaba todas las gradaciones del color verde, y ligeramente agitado por la brisa suave del mar, convidaban a gozar de sus dilatadas sombras; y el mar tranquilo, en el que se reflejaba el hermoso azul del cielo, completaba este grandioso y ameno espectáculo. La princesa había contemplado largo rato tan vistoso cuadro, y comenzaba a sentir aquel dulce placer que embriaga, cuando bajando la vista vió un joven, que apoyado en la empuñadura de su espada, é inmóvil como una estatua, la contemplaba atentamente. Sus ojos se encontraron con los del joven, que bajó los suyos como avergonzado, y haciendo un gracioso saludo fué a situarse frente a una de las puertas de palacio, paseándose lentamente. Entonces tuvo Sigismunda ocasión de contemplar su continente marcial y las buenas proporciones de su esbelta y elegante figura. Su estatura era proporcionadamente alta y llena de dignidad; por debajo de su bruñido casco bajaban hasta la mitad de la espalda abundantes rizos de cabellos negros como el azabache, y su rostro adornado de dos hermosos ojos negros guarnecidos de unas bien pobladas cejas, y rodeado por su barba y bigote poblado pero sedoso y suave, daban a su semblante algo pálido, un aire de nobleza y sensibilidad encantadores. Su cota de malla, perfectamente ajustada, marcaba su pecho elevado, su ancha espalda y su talle bien formado y esbelto. Un tonelete que no pasaba de la rodilla dejaba ver su pierna bien contorneada, a la que daban mayor hermosura y gracia los ricos borceguies que calzaba. La princesa le miró al principio por sola curiosidad, pero pronto esta curiosidad produjo su efecto, no podía apartar sus ojos del joven, y siempre encontraba con la mirada apasionada de aquel desconocido; Sigismunda deseaba ya saber quien era; y volviéndose a una de sus damas la preguntó.

—¿Quién es ese joven que pasea lentamente ante las puertas de palacio?

—Señora, el oficial de la guardia de vuestro padre.

—Pues no recuerdo haberle visto nunca.

—No es extraño; según creo, hace pocos días que vuestro padre le honró con tan distinguido cargo.

—¿Y es alguno de los hijos de la nobleza de Salerno?

—Señora, no, es extranjero, y según he oído, un pobre aventurero, pero tan valiente y honrado, que el príncipe le ama con distinción, y le ha elevado al rango de oficial de su guardia.

—Parece aun muy joven.

—Lo es en efecto, no tiene mas que veinte y cuatro años, pero en tan corta edad reúne todo el valor de un veterano, toda la madurez de un viejo, y toda la caballerosidad de un noble, y no hay duda de que vuestro padre, que tanto se interesa por él, le hará adelantar en su carrera.

Bien hubiera querido Sigismunda continuar oyendo alabanzas de aquel joven desconocido, pero sentía una emoción tal al escucharlas, su mirada apasionada y penetrante había causado tal impresión en su ánimo vehemente, que como si de pronto hubiera visto abrirse un abismo a sus pies, se retiró del balcón y corrió en busca de su padre. La presencia de éste, que hacia tanto tiempo le era grata y apacible, le recordó el fatal juramento que le había arrancado, y necesitó de todo su talento y disimulo para ocultar la emoción que interiormente la agitaba. Como si buscara un objeto capaz de horrorar la impresión fuerte que acababa de sentir, pasaba con rapidez de una cosa a otra, suscitaba mil conversaciones diferentes, hacia todos los esfuerzos posibles para repeler la idea que la perseguía; pero ya era tarde, la imagen elegante del joven oficial se había grabado profundamente en su alma, Sigismunda ya no era dueña de sí misma, le amaba.

Cuando la noche puso fin a los placeres en que Sigismunda había querido ahogar su pasión naciente, pero fuerte; cuando quedó sola consigo misma, la imagen del joven guerrero, que la perseguía como la sombra al cuerpo, se presentó a su corazón mas bella y amable que nunca; recordaba con placer los detalles mas minuciosos de su gallardía y dignidad, y aun resonaban en su oído las alabanzas que su dama de honor le había prodigado. La noche pasó sin que pudiera desechar esta idea ni dormirse, y cuando quiso recordar, ya la llama ardiente del amor se había apoderado de su corazón y de su cabeza. Entonces como una nave fluctuante entre dos escollos terribles, luchaba la imaginación de la princesa entre dos ideas inconciliables, el juramento prestado a su padre, y el nuevo amor. El primero la impelia a hacer esfuerzos para arrojar de sí la imagen del joven; el segundo la atraía irresistiblemente, como la mariposa es arrastrada a la luz en que ha de perecer.

(Se concluirá.)

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.



NOVELAS POPULARES

Y OBRAS ILUSTRADAS

A SIETE CUARTOS TOMO.

MELLADO, EDITOR.

CINCO TOMOS AL MES.

El plan de esta publicación, se reduce por ahora, y sin perjuicio de ampliarlo mas adelante, á imprimir en una forma igual, en buen papel, con caracteres nuevos y con buenos grabados, las producciones mas notables de los autores asi nacionales como extranjeros, cuyas obras gozan en nuestro pais de merecida popularidad. Este proyecto que hace algunos meses hubiera sido imposible en los términos y con las condiciones que lo anunciamos, es facilísimo, porque habiéndose multiplicado en Francia las publicaciones á veinte céntimos de que son copia literal nuestras bibliotecas ilustradas, hay mucho de donde tomar para satisfacer todos los gustos y todas las exigencias. Al pie ponemos la lista de las obras que tenemos preparadas para repartirse inmediatamente: esta lista, ya mas numerosa que la que dimos en el prospecto, se aumentará cada dia con cuantas obras originales podamos adquirir de autores acreditados, y con todo lo bueno que se publique en el extranjero.

OBRAS EN PRENSA.

EL DIABLO COJUELO, con 420 grabados originales; hará dos tomos ó entregas, y su costo por suscripción será de unos *catorce cuartos* en Madrid y 2 reales en provincia: ahora cuesta 20 y 24 reales. Hacemos esta comparación para demostrar que nadie nos aventaja en baratura. La misma proporción guardarán todas las obras.

DOCE ESPAÑOLES DE BROCHA GORDA, novela de costumbres por don Antonio Flores, con sesenta grabados originales.

LAS MEMORIAS DEL DIABLO, por Federico Soulié, la mejor novela del autor, y una de las mejores tambien de las publicadas en estos últimos tiempos. Tendrá 66 grabados.

MARIA STUARDO, por Alejandro Dumas; esta obra no es una novela, forma parte de la colección del autor titulada *Crímenes célebres*, que nos proponemos dar íntegra. Tendrá 45 grabados.

LA CASA BLANCA, por Paul de Kock, con 37 grabados.

EL COLON DE AMÉRICA, por Fenimore Cooper, con 25 grabados.

PEDRO SIMPLE, por el capitán Marryat, con 25 grabados.

LA LINDA MARGARITA, por Paul de Kock, con 24 grabados.

NOTA. La primera obra que se repartirá será las *Memorias del Diablo*, por Federico Soulié. Seguirá EL DIABLO COJUELO, luego MARIA STUARDO, y así sucesivamente, anunciándose con mucha anticipación las que vayamos preparando.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Las NOVELAS POPULARES y OBRAS ILUSTRADAS, se publicarán por tomos, repartiéndose cinco mensualmente, ó sea uno cada seis dias. No se admiten suscripciones por menos de cinco tomos ó un mes, á razón de **cuatro reales** adelantados en Madrid, y cinco ó seis en provincia, según se haga la remesa por los ordinarios mensualmente ó por el correo, franco el porte. Se entiende por tomo un número de páginas en 4.º mayor y en dos columnas equivalentes en lectura á un tomo en 8.º; de manera que no es el volumen sino la cantidad de lectura lo que debe tomarse en cuenta. Nosotros le daremos otro nombre, pero nos conformamos en esta parte con el sistema adoptado en Francia, y seguido aquí por otras empresas: para hacernos comprender mejor, en una palabra, y para alejar toda duda, lo que vamos á dar por 7 cuartos (algo menos) en Madrid, y un real en provincia, es la misma materia é igual número de grabados que dan dichas empresas por un real en Madrid, y real y medio en provincia.

El precio de los tomos sueltos será 2 reales en Madrid y 2 y medio en provincia por los ordinarios, y 3 por el correo. Cada veinte tomos formarán una serie, y se darán á los suscriptores que hayan sido constantes á toda ella, cubiertas para la encuadernación. Esto sin perjuicio de las cubiertas de cada obra, que tambien se darán gratis.

La entrega primera se repartirá el 5 de noviembre próximo.



Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe, núm. 25, y en provincia en casa de los corresponsales de Mellado,